

tocarás en el cancel,
donde es fuerza que te quedes.
¿Ves un hombre que, embozado,
encorvando la figura,
por la estrecha cerradura
en mirar está ocupado?

Acércate sin temor,
que lo que alcanza por dentro,
no hace temible el encuentro
del Capitán reñidor.

Tú, lector, preguntarás:
—¿Conque el Capitán es ése?—
El mismo, mas que te pese;
pero hazte un poquito atrás,
porque levantando el brazo,
empuja á espacio la puerta.
Entró, y dejándola incierta,
sopló el aire y dió un portazo.

Mas veo, lector, que dices,
sin que pueda replicarte,
que esto es, llamándote, darte
con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,
todo lo presenciáras,
que del poeta, á eso y más
el poder mágico llega.

Está el Capitán en pie
en medio de la ancha nave,
y á la verdad que no sabe
ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado
con lúgubre terciopelo,
mucha gente haciendo duelo,
y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo
entrelazados blasones,
y á la luz de los blandones
un cadáver en su cúmulo.

Monjes le rezan en coro
tristísimos funerales,
y le alumbran con ciriales
pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,
y que la tumba rodea,
dado que bien no se vea,
se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar
el que ha finado á su nicho,
memoria tuvo capricho
de su opulencia en dejar.

Y al par que su eterna calma
las oraciones consuman,
mirras y esencias perfuman
la despedida del alma.

Música triste le aduerme,
salmodias le santifican,
é hisopos le purifican
el cuerpo, que yace inerme.

Mas aquellas oraciones
y responsorios precisos,
llevan de anatema visos
y planta de maldiciones.

Á veces son sus compases
hondos, siniestros, horribles,
murmurando incomprensibles,
negras é incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo
se hacen oír otras veces,
y entonces aquellas preces
hielan los huesos de miedo.

Otras semejan aullidos
discordes, desesperados,
lamentos de condenados
de los infiernos salidos.

Otras lejanos rumores,
cual de tormentas, se escuchan,
ó de ejércitos que luchan,
los espantosos clamores.

Y siempre siendo los mismos
los sonos que se levantan,
responsos á un tiempo cantan
y murmuran exorcismos.

Atónito de la escena
extraña y aterradora
que encuentra tan á deshora
y le asombra y enajena,

don César, con paso lento,
entre la turba mezclado,
dirigióse á un enlutado
que oraba en aquel momento.

—¿Quién es el muerto, sabéis,
dijo, á quien rezando están?—
Y él respondió:—*El capitán
Montoya: ¿le conocéis?*—

Mudo quedó de sorpresa
don César oyendo tal,
mas no lo tomó tan mal
como tal vez le interesa.

Volvióle la espalda, pues,
diciendo:—*Me ha conocido.*

*y burlárseme ha querido;
mas luego verá quién es.*—

Siguió la iglesia adelante,
y una capilla al cruzar,
vió un sepulcro preparar,
entre otros varios vacante;
y á un personaje que halló
de luto, y que parecía
que el trabajo dirigía,
el Capitán se acercó.

—*¿Para quién abren la hoya?*
le dijo; y el enlutado
le contestó de contado:

—*Para el capitán Montoya.*—

Mudósele la color
á don César; mas repuesta
su calma, al de la respuesta
volvió entre risa y furor.

Miróle de arriba abajo,
pero no le conoció;
segunda vez le miró,
pero fué inútil trabajo.

Ni recordó que quizás
le hubiese visto la cara,
ni imaginó que la hallara
tan repugnante jamás,
que encontró en ella tal gesto
de aterradora hediondez,
que por no verla otra vez,
dejó caviloso el puesto.

Fuése á otro punto á situar,
diciendo:—*¡Ese hombre estreméce!*
*De aquel sepulcro parece
que le acaban de sacar.*—

Uno tras otro se puso
á contemplar los que vía,
mas á nadie conocía,
de lo que andaba confuso.

Tenían todas las caras
descoloridas y secas,
y dijeron que eran huecas,
á más de antiguas y raras.

Cansado de fiesta tal,
y á impulso de una aprensión,
llegóse á un noble varón
que oraba con un cirial.

Cabe él la rodilla apoya,
y dícele ya con miedo:

—*¿Quién es el muerto?*—y muy quedo
contestó el otro:—*Montoya.*—

Del catafalco á los pies
llegó entonces decidido,
de aquella duda impelido,
á ver el muerto quién es.

Por los monjes atropella,
trepando al túmulo, la caja
descubre, ase la mortaja,
y él mismo se encuentra en ella.

Miró y remiró, y palpó
con afán hondo y prolijo,
y al fin consternado dijo:

—*¡Cielo santo, y quién soy yo!*

Miró la visión horrenda
una y otra y otra vez,
y nunca más que á sí mismo
en aquel féretro ve.

Aquel es su mismo entierro,
su mismo semblante aquel:
no puede quedarle duda,
su mismo cadáver es.

En vano se tienta ansioso;
los ojos cierra, por ver
si la ilusión se deshace,
si obra de sus ojos fué.

Ase su doble figura,
la agita, ansiando creer
que es máscara puesta en otro
que se le parece á él:

Vuelve y revuelve el cadáver
y le torna á revolver;
cree que sueña, y se sacude
porque despertarse cree,

y tiende el triste los ojos
desencajados, doquier.
Mas ¡nuevo prodigio! Mira
á las puertas, y al dintel

ve que despiden el duelo,
de duelo henchidos también,
don Fadrique y doña Diana,
que arrastran luto por él.

Baja, les tiende los brazos,
les nombra, cae á sus pies.
—*Miradme*, les dice atónito,
Montoya soy, vedme bien.—

Y ellos le miran estúpidos
sin poderle conocer,
é inclinando las cabezas,
replican:—*Montoya fué.*—

Entonces, desesperado
con angustia tan cruel,
vase otra vez hacia el muerto
demandándole quién es.
—*¿No hay quien sepa aquí quién soy?*
¿No hay á salvarme poder?—
Y allá desde el presbiterio,
de las rejas al través,
oyó una voz que decía:
—*Si, te conozco, mi bien:*
abre; ¿qué tardas? Partamos:
yo soy tu amor, soy tu Inés.—
Y los brazos le tendía
la de Alvarado también,
de la reja tentadora
tras el cuádruple cancel.
Mas viéndola cual espectro
que le persigue á su vez,
gritaba él:—*Aparta, aparta;*
¿que soy cadáver no ves?—
Y apenas palabras tales
pronunció, cuando tras él
vió llegarse aquel fantasma
cuyo gesto de hediondez
le hizo miedo, y no le pudo
recordar ni conocer.
Contemplóle de hito en hito,
le asió del brazo después,
y así con voz espantosa
vió que le dijo:—*¡Pardiez!*
Tú eres quien cambia conmigo;
á mi sepultura ven.—
Y á esta horrorosa sentencia,
ya sin poderse valer,
cayó en el suelo Montoya,
falto de aliento y de pies.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es de mi vida?
¿Respiro aún? exclamó
Montoya abriendo los ojos,
con desfallecida voz.
—Señor, estáis en mis brazos.
—¿Eres tú, Ginés?
—Yo soy.
—¿Dónde estamos?
—En la cruz.
—¿Del olivar?
—Sí, señor.

—¿No estuve yo en el convento?
Pues ¿quién de allí me sacó?
—Yo fui, señor.

—¡Tú, Ginés!
—Perdonad; temí por vos,
y viendo que el tiempo andaba
y ni seña ni rumor
esperanza me infundían,
tras vos eché.

—¡Santo Dios!
¿Y llegastes....
—A la iglesia.
—¿Atraído por el son?
—Señor, no he oído nada.
¿No os lo dije?

—¿Cómo no?
¿Dentro la iglesia no vistes
los enlutados en pos
De mi cadáver?—Miróle
absorto de admiración
el mozo, y dijo:—Soñamos,
ó vos, don César, ó yo.
Ni vi, ni oí cosa alguna.

—¿Conque es mía esa visión?
¡A mis ojos solamente
horrenda se presentó!
¿No vistes conmigo á nadie?
—Os juro á mi salvación,
que solo os hallé tendido
al pie del altar mayor;
y viendo el peligro doble
del sitio y la situación,
ni me detuve á pensar
si estabais herido ó no;
cargué con vos y me vine;
ni oí ni vi más, señor.—
Calló Ginés, y don César,
á estas palabras quedó
distráido y abismado
en honda meditación.
Mirábale de hito en hito
Ginés, que aterrado vió
de la faz del Capitán
la extraña transformación.
Desencajados los ojos,
palidecido el color,
torvo el mirar, parecía,
más que vivo, aparición.
Sentado en el pedestal
de la cruz, do él le posó,

inmóvil permanecía
sin fuerza y sin intención,
amarrado á un pensamiento
que bullía en su interior,
y que se vía que todas
las potencias le absorbió,
como quien mira aterrado
negra y horrible visión
que le borra de los ojos
cuanto existe en derredor.
Temeroso el buen criado
por su juicio y su razón,
dirigióle atentas frases
con afán consolador.
Mas él ni tornó los ojos
ni á sus voces respondió,
ni agradeció sus cuidados,
que en nada puso atención;
y al cabo de largo trecho,
con repentino vigor
levantándose en silencio,
en su corcel cabalgó.
Hincóle los acicates,
y el poderoso bridón,
tras un poderoso brinco,
á todo escape salió.
Santiguóse el buen Ginés,
y en su ruin superstición,
dijo:—¿Si tendrá los malos?—
Y á escape tras él echó.

IX

Por una puerta secreta
que de los salones sale
á un secreto gabinete,
puede á estas horas mirarse
á don Fadrique y don César,
que, pálidos los semblantes,
plática tienen trabada
de asunto en verdad muy grave.
Demanda con vehemencia
don Fadrique, y contestarle
resiste el otro, en su empeño
ambos por demás tenaces.
El Capitán, asentado
en un sillón, torvo yace,
guardando, pésele al otro,
un silencio inalterable;

y don Fadrique, colérico,
en pie á su lado, las frases
le dirige más violentas
que halló para provocarle.
Dejábale el Capitán
que la ira desahogase,
como si con él no hablara
ni pudieran escucharles.
Y al fin, de calma en su cólera
aprovechando un instante,
dirigióle la palabra
con razones semejantes:
—Todo es inútil, denuestos,
súplicas, amagos, ayas;
el mundo entero no puede
á que os lo diga obligarme.
Un secreto es que conmigo
quiero que al sepulcro baje,
y no ha de saberlo nunca,
desde el sol abajo, nadie.
Si es sueño ó delirio mío,
quiero de él aprovecharme;
si es un aviso del cielo,
es imposible excusarle.—
Tornó al silencio don César,
y el Duque, que aunque no alcance
la razón, sospecha alguna,
díjole sin ira casi:
—Don César, noble he nacido,
y por mucho que yo os ame,
llevar no puedo en paciencia
sin una excusa un desaire.
Por misterioso ó fatal,
por precioso ó repugnante
que el secreto sea, ¿creéis
que no sabré yo guardarle?
—Sabéis quién soy, don Fadrique,
y por excusa esto baste,
que no hablaré más en ello
si santos me lo rogasen.—
Y aquí, ya de don Fadrique
la cólera desbordándose,
dijo al capitán Montoya
con voz resuelta y pujante:
—¡Vive Dios, señor don César,
que esto no es más que un ultraje
que hacer queréis á mi casa,
y que está pidiendo sangre!
Si no podéis el motivo
descubrirme que deshace

vuestra boda, satisfecho
de un modo ó de otro dejadme.
—Señor Duque, ya está dicho.
Si lo dejo de cobarde,
pues que me debéis la vida,
nadie como vos lo sabe;
pero os juro que, aunque osado
lleguéis hasta abofetearme,
no haréis que por causa alguna
la espada más desenvaine,
ni más me la he de ceñir,
ni más me harán que la saque
cuantas honras y razones
en el universo caben:
mirad, señor don Fadrique,
si el secreto será grande;
y pues veis á lo que obliga,
si hidalgo sois, respetadle.—
Callaron ambos á dos
y continuaron mirándose
como hombres en sus propósitos
igualmente imperturbables.
Al fin dijo don Fadrique
por la estancia paseándose,
como quien duda si debe
satisfacerse ó vengarse:
—Señor capitán Montoya,
vida y honor me salvasteis
una noche, y aunque en ésta
me los habéis vuelto tales
que no será mucho tiempo
á restablecerlos fácil,
váyase lo uno por lo otro,
de nada quiero acordarme.
Estamos en paz, don César.—
Y continuó paseándose,
y atarazándose un labio
hasta revocar la sangre.
Entonces el Capitán,
con paso medido y grave,
en mitad del aposento
fué decidido á encontrarle;
tendióle la mano, y dijo:
—Pensad, Duque, si es bastante
á dejaros satisfecho
de este misterioso ultraje
mi resolución postrera:
tomad, señor, esas llaves;
de mis inmensos tesoros
haced con justicia partes:

una á Ginés por servirme,
con cuantos muebles hallare;
un hospital ó convento
fundad con otra, si os place,
y otra á don Luis de Alvarado,
que gana la apuesta infame
que hice de robar á Dios
la mejor prenda al casarme.
¿Me comprendéis, señor Duque?
Obedecedme y dejadme.
Entregad al de Alvarado
lo que hoy de perder me place;
pero cuidado, don Fadrique,
que no sepa el miserable
que era Inés, su propia hermana,
la prenda que iba á jugarse.—
Y así el Capitán diciendo,
un pliego sin letras ase,
escribe algunas palabras,
lo firma, lo sella y parte.

Quedó don Fadrique atónito,
Ginés rompió en voces y ayes
y en llanto amargo, que al punto
cambió en lágrimas el baile.
Cundió la noticia rápida,
y el escándalo fué grande,
aunque al culpar los efectos,
no acierta la causa nadie.

X

HECHOS Y CONJETURAS

Todo era hablillas Toledo,
y todo interpretaciones,
cada cual forjó un enredo,
y hablaron todos con miedo
de espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron
por Toledo al Capitán,
mil fábulas le colgaron,
y los que las inventaron,
por hechos las creen y dan.

Quién dijo, que anocheciendo,
le vió desde un corredor
allá en los aires cerniendo
un cuerpo alado y horrendo
cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba
ante un devoto retablo,
y vió al Capitán que daba
ayuda y defensa brava,
contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique
á su escribano mandó
que en su nombre ratifique,
firme, selle y testifique
lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro
algunos días después,
que se dió á los pobres oro,
y que, rico como un moro,
partió á la corte Ginés.

Ni más descubrirse pudo,
ni puede decirse más,
y este es el hecho desnudo,
pábulo, origen y escudo
de las mentiras de atrás.

Mas hay entre todas una
que, fábula ó tradición,
en escritura oportuna
encontrarla fué fortuna
separada del montón.

El vulgo á su vez la cuenta
como innegable verdad,
y de quien dudarla intenta,
dice que de Dios atenta
al poder y majestad.

Yo, trovador vagabundo,
la oí contar en Toledo,
y de aquel pueblo me fundo
en la razón, y así al mundo
contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;
como á mí me la contaron
fielmente la contaré,
y á ser falso, juro á fe
que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,
cada cual lleno á su vez
de azares y desengaños;
mas á nuestro cuento extraños,
no hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron
de hervir en la muchedumbre;
Diana y otras se casaron;
y en fin, según es costumbre,
al que murió le enterraron.

Y del mar de su destino
ya pronto á romper el dique,
diz que al linde del camino
de la vida, don Fadrique
pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable,
con la faz descolorida,
vino un varón venerable,
al Duque á hacer tolerable
la tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,
y cuando á solas quedó
con el noble moribundo,
la religión con el mundo
así plática entabló:

MONJE

¿Don Fadrique?

DON FADRIQUE

Bien venido,
padre; concluyendo estoy.

MONJE

A ayudaros he venido
á ir en paz; prestad oído
á lo que deciros voy.

Ha diez años que, arrastrado
por intención criminal,
hollé de un templo el sagrado,
y á Dios me sentí llamado
de una visión infernal.

Los muertos vi que salían
de las urnas sepulcrales
y blandones me encendían,
y con gran pompa me hacían
en vida los funerales.

Visión de los cielos fué;
mas ¿quién creyera mi historia?
A contarla me negué,
y haberla determiné
encerrada en mi memoria.

Tan sólo existía un hombre
á saberla con derecho;
porfió, porfié; y no os asombre,
no me la arrancó del pecho:
don Fadrique era su nombre.

Mas lo que excusar no pude
al noble á quien ofendía,
vengo; ¡y así Dios me ayude!

á que mi razón escude
la fe de vuestra agonía.—

Y esto el buen monje diciendo,
cayó ante el lecho de hinojos,
las manos del Duque asiendo,
quien, sus palabras oyendo,
al monje tornó los ojos.

Contemplóle de hito en hito
con acongojado afán,
y exclamó al fin con un grito:
—¡Sois vos! ¡Dios santo y bendito!
Abrazadme, Capitán.—

Y los brazos enlazaron,
y á solas ambos á dos
por largo tiempo quedaron,
y largo tiempo lloraron
ante la imagen de Dios.

Y al fin de la confesión,
henchido el Duque de fe,
díjole:—A aquella visión
debéis vuestra salvación,
que aviso del cielo fué.—

En cuyo punto, sintiendo
llegar el trance fatal
del paso duro y tremendo,
—ADÍOS, DON CÉSAR,—diciendo,
lanzó el aliento vital.

Y aquí del todo acabada
del buen monje la misión,
y el ánima encomendada,
con voz exclamó mudada
al darle la absolución:

—¡Vé en paz! Y, si como espero,
el llanto ante Dios se apoya
de un corazón verdadero,
¡ruega á Dios, buen caballero,
por el capitán Montoya!—

Y dando al mundo un momento,
al muerto besó en la frente,
y á paso medido y lento,
triste volvió á su convento
el Capitán penitente.

Y ha poco había en sepultura humilde,
de la maleza oculta entre las hojas,
una inscripción borrada por los años,
que todo al fin sin compasión lo borran.
Único resto de opulenta stirpe,
único fin de la mundana pompa,
montón de polvo, en soledad yacía
quien hizo al mundo con su audacia som-
Y apenas pueden los avaros ojos [bra.
leer en medio de la antigua losa:
*Aquí yace fray Diego de Simancas,
que fué en el siglo el capitán Montoya.*

NOTA DE CONCLUSIÓN

Y por si alguno pregunta
curioso por doña Inés
y opina que queda el cuento
incompleto, le diré:
que doña Inés murió monja
cuando la tocó su vez,
sin su amor, si pudo ahogarle,
y si no pudo, con él.
Porque destino de todos,
vivir de esperanzas es:
quien las logra, muere en ellas;
quien no las logra, también.

Conque ya sabe el curioso
de mis héroes lo que fué,
y sólo añadir me resta
dos palabras de Ginés:
Hizo en la corte fortuna,
casóse al cabo muy bien
con una dama muy rica
y hermosa como un clavel;
y aunque dieron malas lenguas
en alzarla *no sé qué*,
ella no alzó las pestañas
para al vulgo responder.
Dió á Ginés un hijo zurdo,
y dijo su padre de él
que había nacido en casa,
y en esto sólo habló bien.

EL ESCULTOR Y EL DUQUE

Cuento dedicado á la Señora Doña Matilde O'Reilly de Zorrilla.

Empecé la publicación de mis poesías co-
nociéndote, y las concluyo con tu nombre.
Madrid, Octubre 10 de 1840.

(Nota del autor á su mujer.)

I

Año de más ó de menos,
si no miente mi memoria,
mil quinientos veintidós
corren, y una tras de otra
por la preferencia luchan
las muy exquisitas obras
con que un escultor de Italia
admira á Sevilla toda.
Sin dar tiempo á que se olvide
la fama que una le cobra,
reputación y caudales
siempre la última le dobla.
Siempre dél espera el vulgo,
y siempre el vulgo se asombra
al ver el nuevo prodigio
de su mano creadora.
No hay rico que no le encargue,
ni comunidad, por corta
ó pobre que sea, á quien
una efigie no se rompa,
que habiendo por precisión
de buscar quien la componga,
más vale hacer otra nueva,
siquiera por la mejora.
Aquí tienen una Virgen,
pero es de mano muy tosca;
allí un crucifijo, y bueno,
pero la cruz es muy corta;

acá un San Juan de rodillas,
¡cosa estupenda! mas sobran
dos líneas de la peana,
y nunca bien se acomoda;
allá hay una Magdalena,
¡soberbia estatua! ¡gran cosa!
mas dicen que por desnuda
no es imagen muy devota.
Y así cada cual encuentra
pretextos que le ocasionan
del taller del Florentino
la visita rigurosa;
y así su fecunda mano
sin darse descanso brota
para uno un San Aquilino,
para otro una Dolorosa.

Y no es que maña ó agrado
emplee, pues fama goza
que dar crédito pudiera
al pirata Barbarroja.
Alto, vigoroso, altivo,
aire audaz, mira la torva,
barba crecida hasta el pecho,
aliento recio y voz ronca,
mejor que artista parece
bandolero, y más importa
guardarse de él, que guardar
sus estatuas primorosas.
Alcanza fuerzas hercúleas,
cólera mucha y muy pronta,